
Con las ubres llenas

© Rose
29 de enero de 1999
es.humanidades.literatura

En las paredes de la cuadra de mis abuelos no había ni una cagada de mosca.

Mi abuelo, cuando llegaba la noche, se sentaba en la banqueta de la cuadra con el portón abierto. Tenía un aire a la vez cansado y enérgico, el aire que otorga la sensación de haber contribuido y la duda de no saber si en suficiente medida.

Creo que se preguntaba si podía haber hecho algo más. Lo creo ahora, claro. Entonces yo era una niña.

Yo me sentaba a su lado y él se liaba un pitillo, lo cogía del revés y le hacía hueco en la palma de la mano. Sabía que si mi abuela le veía le echaría la bronca, pero ella nunca aparecía antes de que el pitillo se hubiera consumido. Cuando el asma más le acosaba, abría con pulso tembloroso el devocionario que, junto a la boina, siempre llevaba encima, cogía una estampita de la Virgen del Carmen entre sus manos callosas, y le decía: "Carmen, Carmen, que tengo mucho que hacer todavía"

Yo le miraba fumar en silencio, interrumpido solo por el repique de la orina de una vaca con el rabo alzado, o el zumbido de alguna mosca impertinente.

Después de un rato él siempre empezaba a hablar.

- ¿Tú crees que el de la sotana ... que el de la sotana ha hecho todo lo que podía, eh? ¿Y el que castiga a los nenos? ¿Tú crees que ha hecho hoy todo lo que podía? ¡Cagüen dios! -decía con la mano en alto, una mano pequeña y rugosa-, ¡atropando verde me gustaría verles!, que esto, nena -decía señalando a la casa-, se ha hecho a puro güevo. De la nada, ¡de la nada!, ¿eh?, que no teníamos más que un colchón, joder. ¡Ahí, ahí, nena, ahí! -exclamaba adelantando la barbilla, indicando los carros de tierra que se extendían frente a la casa-, trabajando como negros, yo y "esa"...

... "esa"... -decía moviendo la cabeza de arriba abajo y mordiéndose el labio inferior con sus postizos- ¡Menuda mujer, nena! No ha habido otra como ella. Ay, nena, sin almorzar a Logro, haciendo pulientas de harina de "borona" pa' ir a venderlas a las cinco la mañana, cruzando a Suances por to' "la barca los cantos", con el frío que hacía. Y luego, a llevarme a mi la fiambreira al polvorín, porque de aquella yo trabajaba en el polvorín de Cuchía, ¿sabes, nena? Ay, eran los tiempos en los que tener harina, alubias y maíz, era tener de todo, nenuca...

... y, ¡qué güevos ha tenido siempre! Reventada a sacar abono, ¡como un hombre!... pero, ¡ojol!, que era una perla de guapa y una moza de cuidáo, ¿eh? Con el verde en sacos en las costillas y todo, que no tuvimos burra con cuévanos hasta... bueno, no me acuerdo bien... esta memoria mía... -decía meneando la cabeza de un lado a otro- No había otra como ella en to' el pueblo...

De repente se levantaba y limpiaba una cagada de mosca. Volvía a sentarse, lentamente, apoyando la mano en la rodilla. Yo callaba.

... y un día por la tardezuca, corriendo por to' la mies p'arriba, pa' casa, a parir al peazo carne de tu madre, después de haber fregáo, entre dolor y dolor, las escaleras... ¡hay que joderse!

...

... y aguantarme a mí, nena, joder, que ya hay que tener cojones...

...

... y así lo hemos hecho todo, nena, trabajando y empeñándonos. Primero las novillas. Todavía me acuerdo de la primera: "Rojaaaaaaaaa- ou- ou- ou-ou!", "la" decía yo luego de silbarla. Y qué ubres tenía la cabrona. Había de donde jalar, nena, si no, ¿de qué? Luego por las tierras, la casa, la huerta, el pozo, el aljibe... pero ahí está, nena -decía adelantando

el mentón con orgullo-, eso lo puede ver to' el mundo y pa' vosotros es...

... y sin dejar pasar nunca el carro delante los bueyes, ojo. Y mira que es difícil eso, nena; bregando siempre detrás. Date cuenta: ordeñar las vacas, echarlas de comer, llevarlas al cierro a pacer cuando se podía, meterlas en casa, segar con el dalle, llevar las ollas de la leche... ¡No sé cómo coño lo hacíamos, oye! A ti, ¿qué te parece? ¿Tú crees que se puede hacer to' eso? Pues se puede, te lo digo yo, nenuca, se puede...

... y es que la vida nuestra ha sido mu' jodida, nena -decía con un rictus de dolor- Créeme. Sin fiestas ni diversiones. Hemos estáo siempre como tiraos entre matojos, llenos de arañazos. Pero saliendo, coño. Como una vez, durante la guerra, creo que fue por San Esteban... ni romerías ni na, ay... -suspiraba el abuelo-... que estaba el cielo lleno de aviones y humo y había en los maizales más miedo que la hostia. Pa' uno íbamos nosotros, Pa' un maízal a escondernos y, entonces, que se nos viene un avión encima, ¡me cagüen dios, nena, nos tiramos en el primer bardal que vimos!... Pues la vida igual, nenuca... Por lo menos salimos vivos, qué coño, que otros no lo contaron...

...

Se levantaba y limpiaba otra cagada de mosca.

- ¿Y tú crees que esto lo puede hacer cualquiera?

¡Hostias! -volvía a levantar la mano- ¡Hay que tener cojones! Lo que yo te diga, nena, lo que yo te diga. De la nada, ¿eh?, de la nada que, después de la guerra, lo que te digo, no había más que bardas. Y, oye, ojo, que esta casa no la pudo tirar ni el viento del cuarenta y nueve, ¿eh?... ¿fue en el cuarenta y nueve? No me acuerdo bien, pero fue un viento que lo echó todo abajo. Menos esta casa, nena, menos esta casa. Tú, ¿qué opinas? Y eso que estaba a medio hacer, que no la acabamos hasta... no sé, lo menos seis años después, tu güela se acuerda mejor. Pero había buenos cimientos, buenos cimientos, nena, como debe ser, buenos cimientos...

Cuando el pitillo se había consumido mi abuela aparecía.

- ¿Ya le estás diciendo barbaridades a la chiquilla? No se te ocurrirá contarla un cuento, no, siempre con la misma tabarra de siempre. ¡Peta, que eres un peta!...

-Déjame, Carmen, joder, que la nena y yo estamos conversando -replicaba él- ¿Por qué no me dejas tranquilo? Tranquilo, ¿eh?- decía con la manuca otra vez en alto.

Mi abuela le indicaba con un gesto de cabeza que entrase a la casa (comunicaba con la cuadra por una puerta de madera pintada de verde manzana). Entonces mi abuelo se levantaba de la banqueta y, mientras me acariciaba la cabeza, me decía:

-Bueno, nenuca, me voy a dormir que mañana tengo que ir a sembrar la mies, o a llevar la Mora al mercáo, o la leche al depósito o..., o lo que me toque, que no sé lo que dirá tu güela...

Y por la noche se sentaba en la banqueta de la cuadra con el portón abierto, liaba un pitillo, lo cogía del revés, le hacía hueco en la palma de la mano y pensaba en lo que había hecho y en lo que le quedaba por hacer.

*Dedicado a todos los abuelos de Cantabria
que regalaron sus vidas con las ubres llenas.*